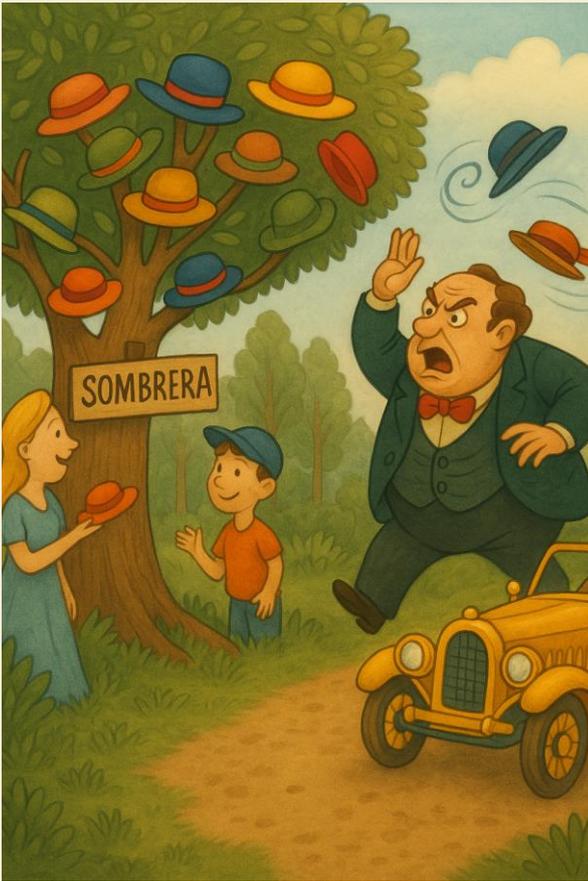


Cuentos para leer sin apuro



LA SOMBRERERA -M. E. Walsh
LA TORTUGA Y LOS PATOS - Fábula
ZAPI, LA ZAPATILLA REBELDE

La sombrera



Había una vez un árbol tan bueno, pero tan bueno, que además de sombra daba sombreros. Este árbol se llamaba Sombrera y crecía en una esquina del bosque de Gulubú.

Las gentes que vivían cerca acudían al árbol pacíficamente todas las primaveras, cortaban los sombreros con suavidad y los elegían sin pelearse: esta gorra para ti, este bonete para mamá, esta galera para el del más allá, este birrete para mí.

Pero un día llegó al bosque un comerciante muy rico y sinvergüenza llamado Platini. Atropelló a todos los vecinos gritando:

- ¡Basta, todos estos sombreros son para mí, me llevo el árbol a mi palacio!

Todo el mundo vio con gran tristeza como el horrible señor Platini mandaba a sus sirvientes a que desenterraran el árbol. Los sirvientes lo

desenterraron y lo acostaron sobre un lujoso automóvil de oro con perlititas.

El árbol crecía raquítico y de mala gana, cosa que enfurecía al horrible señor Platini. Este señor esperaba que floreciera para poner una sombrerería y vender los sombreros carísimos y con ese dinero comprarse tres vacas y luego venderlas, y con el dinero comprarse un coche y venderlo, y con el dinero comprarse medio palacio más y luego venderlo, y con el dinero comprarse un montón de dinero y guardarlo.

Por fin llegó la primavera, y el árbol floreció de mala gana unos cuantos sombreritos descoloridos. El señor quiso mandarlos cortar inmediatamente, pero el Viento, que se había enterado de toda la historia, se puso furioso. Y el Viento dijo:

- Yo siempre he sido amigo de los vecinos de Gulubú, no voy a permitir que les roben sus sombreros así nomás.

Y se puso a soplar como un condenado, arrancando todos los sombreros del árbol. El señor Platini y todos sus sirvientes salieron corriendo detrás de sus sombreros, pero nunca los pudieron alcanzar.

Corrieron y corrieron y corrieron hasta llegar muy lejos, muy lejos del bosque de Gulubú y perderse en el desierto de Guilubí. Entonces los vecinos aprovecharon y se metieron el jardín del señor Platini y volvieron a trasplantar a su querido árbol al bosque de Gulubú. El Viento estaba muerto de risa, y el árbol recobró pronto la salud. Cuando volvió a florecer, los vecinos volvieron a cosechar sus sombreros sin pelearse.

Y el señor Platini se quedó solo y aburrido en el desierto, sin sombrerería, sin tres vacas, sin coche, sin medio palacio y, lo que le daba más pena, sin su montón de dinero. Ah, y sin sombrero. Y de esta manera se acaba el cuento de la Sombrera.

María Elena Walsh

Fábula: Una fábula es un cuento cortito donde los animales hablan y hacen cosas de personas, y siempre deja una enseñanza o moraleja



La tortuga y los patos

Fábula

La tortuga, como ya sabes, lleva su casa a cuestas. Es uno de los pocos animales que no puede salir de casa por más que lo intente. ¿Sabes por qué? Dicen que Júpiter la castigó porque era un animal tan perezoso que no quiso ir a la boda de Júpiter, incluso cuando este dios le había enviado una invitación muy especial a su nombre. Como castigo por no haber querido salir de casa, la condenó a permanecer siempre dentro de la suya.

Después de muchos años, la tortuga comenzó a desear haber ido a esa boda. Cuando vio con qué alegría volaban los pájaros y cómo corrían ágiles la liebre y las ardillas y todos los demás animales, siempre deseosos de ver todo lo que había que ver, la tortuga se sintió muy triste y descontenta. Ella también quería ver el mundo, y allí estaba con una casa a la espalda y unas patitas

cortas que apenas podían arrastrarla y, cuando lo hacía, era muy lentamente.

Un día conoció a un par de patos y les contó todos sus problemas.

- Podemos ayudarte a ver el mundo, dijo el pato de cabeza verde.

- Agarra este palo con tus dientes y te llevaremos muy alto en el aire donde puedes ver todo el campo, dijo el pato de cabeza marrón.

- Pero es muy importante que sigas esta regla: no puedes hablar. Has de callar y contemplar o te arrepentirás, le explicaron.

La tortuga se alegró mucho. Agarró firmemente el palo con los dientes, los dos patos lo agarraron uno por cada extremo y se alejaron volando hacia las nubes.

En ese momento pasó volando un cuervo. Estaba muy asombrado por la extraña vista y gritó:

- ¡Wowwww! Es increíble, ¡tú debes ser la reina de las tortugas para que los patos te lleven volando entre las nubes!

- Ciertamente lo soy, comenzó a decir la tortuga.

Pero cuando abrió la boca para decir hablar, se soltó del palo y cayó al suelo, donde se hizo pedazos sobre una roca.

Moraleja: la vanidad y la falta de humildad a menudo conducen a la desgracia

Zapi, la zapatilla rebelde



Había una vez una zapatilla llamada Zapi que vivía en el armario de Tobi, un nene de siete años. Zapi era derecha, moderna, con cordones rojos y suela saltarina. Pero tenía un problema enorme:

¡No quería ser zapatilla!

—¡Estoy cansada de pisar charcos y patear pelotas! —se quejaba Zapi—. ¡Quiero volar como una cometa o nadar como un pez!

Su compañera, la zapatilla izquierda (a la que todos llamaban Zurda), trataba de hacerla entrar en razón:

—¡Zapi, somos zapatillas! ¡Nuestro trabajo es andar por el mundo con los pies de Tobi!

Pero Zapi no quería saber nada. Así que una noche, cuando todos dormían, saltó del armario, bajó por las escaleras haciendo ¡ploc ploc ploc! y salió por la ventana en busca de una vida diferente.

Primero probó ser sombrero, pero se le caía la suela en la cabeza de la señora. Después intentó ser barquito en la fuente, pero se hundió como piedra. Probó ser nariz de payaso, pero todos decían que olía raro.

Cansada, Zapi se sentó en una plaza y suspiró:

—Tal vez no soy buena para nada...

Justo en ese momento, Tobi pasó por ahí, con un solo zapatito en el pie. La vio y gritó:

—¡Zapi! ¡Te extrañé!

Zapi se sintió tan feliz que dio un brinco y se calzó solita en el pie de Tobi. Y desde ese día, aunque seguía soñando con ser otras cosas, decidió que nada era mejor que ir de aventuras con su mejor amigo.

